



Paloma Serra Robles
DEJAR ÁFRICA



CUADERNOS DEL LABERINTO
— *Anaquel de poesía* —

Paloma Serra Robles
DEJAR ÁFRICA

Prólogo de Jordi Esteva



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, nº 40—
MADRID • MMXIV

De la obra © PALOMA SERRA ROBLES

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección: ALICIA ARÉZ

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de portada © *Grand Bassam*. Por PALOMA SERRA ROBLES

Prólogo © JORDI ESTEVA

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Octubre 2014
I.S.B.N.: 978-84-942539-7-3
Depósito legal: M-26289-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Para Javier Cuchí, *in memoriam*,
cuyo corazón se detuvo en África.

*...Si se estrechan las manos, si se abraza,
nunca es para apartarse,
es porque el alma ciegamente siente
que la forma posible de estar juntos
es una despedida larga, clara
y que lo más seguro es el adiós.*

PEDRO SALINAS

PRÓLOGO

Éste es el segundo libro de poemas de Paloma Serra después de *Farol Fundo*, publicado en portugués y español, sobre las islas de Cabo Verde.

Con *Dejar África*, Paloma afianza todo lo apuntado en su primer libro: la captura de intensos momentos fugaces, la luz siempre presente y el olor de la sal.

Este nuevo poemario consta de tres colecciones. *De aves y caminos: continente; Debajo del agua: islas, y Tiempo de funeras: despedidas*. La poeta ha vivido mucho tiempo en Costa de Marfil y en Cabo Verde. Su mirada no es externa. Aquí no encontramos exotismo fácil sino una escritura directa y bella.

La lectura de sus poemas sobre África logra transmitir, para quienes jamás la hayan visitado, el pulso de un continente vivo en el que convive la herencia de la tradición antimista con la ceremoniosidad colonial y que se refleja en la gracia del francés marfileño escrito en los capós de los taxis: «Tais toi, jaloux». «Seul le seigneur me guide». «L'éternel est mon berger». Taxis que, antes de vivir en Abidjan, Paloma sabía que eran de color naranja por la pintura de Barceló y a los que se llama emitiendo, con los labios apretados en forma de la letra «O», un beso prolongado.

Paloma consigue trasladar al lector a Abidjan, a su tráfico imposible, a las autopistas urbanas en cuyos márgenes, los carpinteros exponen muebles y ataúdes, los jardineros venden pequeños árboles de franchipán y buganvillias, los mecánicos exponen viejos coches, recambios o tubos de escape y donde los lavaderos se afanan golpeando la ropa en la superficie de alguna charca para extenderla a continuación sobre los arbustos que rodean la calzada. Una ciudad donde en los atascos, los vendedores ambulantes asaltan a los coches con artículos tan improbables como árboles de Navidad.

Leyendo el poemario se percibe el ritmo vibrante de una de las mayores metrópolis africanas junto a Kinshasa o Lagos. En el centro comercial y administrativo, llamado «Plateau», las calles aún conservan el trazado colonial. Se pueden ver a mujeres vestidas de colores, caminando rápido entre el bullicio con sus niños pequeños atados a la espalda, a los burócratas con sus conjuntos de pantalones y camisas de manga corta o a jóvenes buscavidas adornados con gorritas ladeadas. Un barrio en el que los rascacielos, manchados de humedad —de los años ya remotos de prosperidad de la época de Houphouët-Boigny, «Le vieux»—se reflejan en lagunas polucionadas y pestilentes a la luz del mediodía pero que al caer la tarde recuperan la belleza y se tornan en los lugares misteriosos que un día fueron. Ciudad, recuerda Paloma, de cielo surcado consistentemente por águilas, en el que al atardecer miles de murciélagos, grandes como gaviotas, emprenden el vuelo hacia los bosques cercanos en busca de frutas. Además, la poeta capta sutilmente los momentos fugaces en la que un ave blanquísima

)X(

se posa en una frágil rama o recoge la pluma olvidada de un calao, esos grandes y bellos pájaros de pico enorme y curvado que vuelan siempre en pareja. También hay lugar para el vuelo de la libélula rosada con la que por unos instantes cruza su mirada para darse cuenta de que, al igual que el amor, resulta inalcanzable.

Los poemas sobre las islas de Cabo Verde son bellísimos.

Rocas arrojadas en pleno Atlántico por algún titán enfurecido o surgidas de los abismos marinos tras explosiones volcánicas, en las que a lo largo de los siglos como sucede con los pecios modernos, han ido creciendo corales y gorgonias y la primitiva vida de pólipos y seres minúsculos ha propiciado un mundo de crustáceos y de peces de colores alimento de otros mayores, que serán devorados por otros aún más grandes y así sucesivamente hasta acabar en los grandes atunes y meros decapitados en las lonjas de los puertos.

Rocas gigantes conquistadas por los portugueses para bajar una tierra pobre, azotada sin compasión por el viento, dispuesta en terrazas de vértigo en las que crece la caña de azúcar que será prensada en bellos molinos primitivos tirados por bueyes con los ojos vendados. De la destilación del jugo se obtendrá el *grogue*, y en alguna taberna de Mindelo, alrededor de una botella, se cantarán las *mornas* siempre melancólicas que aliviarán las penas. Islas pobladas de africanos importados por los portugueses, siempre atentos a que fueran de etnias de distinta procedencia para que perdieran sus idiomáticas y el contacto con los espíritus que los tambores propiciaban. De

allí fueron vendidos a las plantaciones de América o a Brasil. Si-
glos más tarde, muchos emigraron a Boston para embarcarse
en barcos balleneros y después a los arrabales de Lisboa o París.

La poeta capta la luz siempre centelleante jugando sobre
el agua. La sal cristalizada en las rocas. Las piscinas de agua
cristalina que el mar ha dejado olvidadas tras la marea. Los
peces rojos como el coral de grandes ojos. Las anémonas, de
largos tentáculos atornasolados, sujetas a las negras rocas de
lava. Las algas medidas por la corriente, las estrellas de colores
y los dólares de arena olvidados en las playas¹.

Y tras el canto, llega la tristeza al recordar la querida
Abidjan sumida en el caos y la guerra. En las lagunas pútridas
contaminadas por los desechos industriales de occidente en
las que ahora se descomponen los cuerpos de la absurda gue-
rra civil. Desaparecidos que tienen nombre y son novios, pa-
dres o hermanos. Entre ellos, Yves a quien Paloma recuerda
con dolor.

JORDI ESTEVA

1. *Leodia sexiesperforata*.

1. DE AVES Y CAMINOS:
CONTINENTE

PRIMERAS IMPRESIONES

En Abidjan los taxis son naranjas,

(lo sabía ya por Barceló)
y están salpicados de señales:

«*Grace Divine*»

«*L'éternel est mon berger*»

«*Tais toi jaloux*».

En los mazda de 18 plazas viajan no menos de 25
pares de pies,
de los árboles cuelgan ramas como largos collares que
incitan a subir,
a dejarse enredar...

Las mujeres llevan el peso del mundo con su cuello.

Todos sonríen.

En cada semáforo pareciera haber un supermercado
(allí encontré a mi loro).

Cada día veo un Pullizter de la fotografía que jamás
haré.

No existe la prisa,
incluso cuando llueve todos caminan despacio
y usan el paraguas (odiado toda mi infancia)
sólo los días de sol.

La luz blanca contrasta con el color sangre de la tierra
que salpica las malas hierbas antes de que legiones de
jóvenes

cada uno a su manera , eso sí,
las intenten controlar.

Bulllicio constante interrumpido por el vuelo de las
águilas
(como un sueño).
Olores intensos, jengibre, cebolla, pescado
ahumado...
Maquis en los bulevares sin fin,
Coupé-décalé en todas las radios...
Los rascacielos son cuevas llenas de murciélagos
que se apoderan del centro al anochecer...
Es todo tan auténtico que lo hasta ahora conocido
pareciera estar envasado al vacío.

No,
aquí no hay lugar para lo artificial.

«*Seul le seigneur me guide*».

«*Bonne Chance*».

VUELO DE GARZAS

La tarde se hace poema,
mientras
cruza la garza mi paisaje de árboles templados,
de palomas en los cables de la luz,
y de un *blauet* arribista...

Y llega ella,
nivea, altiva, soñadora,
recién llegada de buscar carroña por comida...
Y atraviesa mi cielo verde,
el único espacio que ahora veo
libre, seguro, mío...

El cielo empequeñece
y sólo cuando ella lo cruza
despierto.

PIEDRA I

Busco en mis bolsillos,
no hay gran cosa,
(el viento mueve el cabello en la dirección equivocada)
no puedo ver.

Sigo hurgando...
Una moneda, un lápiz sin punta,
una pluma,
robada a un calao
perezoso,

y un haiku:

Lucha siempre,
no dejes que el dolor
gane.